

Pastilla camaleón

Julián Herbert

[Bonobos, 2009]

I'm the son and heir
of nothing in particular

The Smiths

Franciscano

A mi manera, Francesco,

también me desnudé en una plaza.

Yo también con papá, en Atlixco. Estaba amaneciendo

y los chanates masticaban maldición

desde los árboles –en su lengua de esfinges.

La plaza un gran estante de artesanías de esfinge

negras. Y el cielo su mercado:

un piso de alquitrán al que señoras

estaban arrojando cubetas de jabón.

Papá me abrazó y dijo, citando a Malcolm Lowry:

“Hijo mío, bebimos

esta noche hasta la sobriedad”.

Quise matarlo, quise

darle un beso en la boca.

Edipo ante la esfinge: ¿cuál es el animal,

el animal que dice “no durará la pena”?

No durará la pena de su cuello en mis manos,

del sabor de su boca bajándome hasta el pecho,
del sabor a milagro del vacío,

[yo sería sin él ese milagro:
ese beso que nunca me di]

no durará, no durará la pena,
así sea porque el mal se parece a los sueños
y el ahorcado rara vez sobrevive a su dolor
—es ahí donde reside la ternura del verdugo—
y en la casa del verdugo llaman todos
a la soga por su nombre [yo te llamo papá,
yo te advierto que este amor es para siempre];
y por eso, aterrado, Edipo ante la esfinge
preguntando de nuevo: ¿cuál es el animal?...

Quise matarlo, quise
darle un beso en la boca. Pero
no durará, por eso no valía
la pena.

A mi manera, Francesco, tengo nada:
tengo en el brazo un tatuaje carmesí.
A veces digo que es una salamandra,
a veces que una iguana;

hoy es un camaleón.

A mi manera, Francesco, deseo todo.

Es así como pude renunciar.

1

Pastillero

Pertenecer

¿De dónde viene esta envidia?

Viene de crímenes cometidos a caballo,
de mausoleos quebrados al peso del rocío,
de sabores inmorales,
de costumbres violentas,
de mujeres que pasaron a la historia desnudas.

Viene de haber perdido el cabello de muchacha de mi madre
y los ojos lechosos del Santísimo Señor de Petatlán.

Viene de esa fiesta entre los pinabetes
con adolescentes manoseando a una borracha
esbelta y pelirroja como el aire.

Viene de

pertenecer:

ardor de haberme ido,
pureza lujuriosa de toda lucidez,
un paseo entre los dardos y entre las mariposas
de un jardín de cenizas y amapola.

Los latidos emergen a la piel–
o vísceras rebeldes
o limbos de navaja.
Nada turba la mente de los muertos
dentro de mi cabeza:
soy una res,
un espejismo de la saliva,
una úlcera que piensa demasiado.

Este cuerpo es un templo. Lo usaré
como establo para mis caballos árabes.

Física blanca

escribo el movimiento

embalsamado en horas que se desbocan peces

o que se empalman como palitos chinos

mientras el autobús tormenta adentro avanza

tengo kilómetros hasta la médula más alma

mi rodilla crece y punza la aguja en el tablero

un día en el malecón

con el agua hasta el cuello blin blin su empuñadura

otros en un hotel desquiciado a palomas

pasé noches en vela

oscuras y nupciales como la droga dura

hubo un lugar donde (¿vengo de suicidarme

o de abrir los postigos?) Alicia en uniforme

verdemente gemía a través del espejo

ayer dormí en un parque

sin más piel en los huesos que este suéter de lana

escribo en un futuro

que el autobús inventa

es una acalambrada eternidad

pasajera:

deshielo de elección un tigre

enjaulado en sus rayas

La revolución es el opio del pueblo

In nova fert animus mutatas dicere formas
corpora ...

Decidí que mi tema eran las transformaciones.

Ahora no sé cómo empezar.

Ahora que me siento ganado por lo inmóvil.

Ahora que me toco la boca bajo el muro.

Ahora que mi sed chupa destellos
de hueso bajo un muro, que mi lengua
lame bajo el muro
de lamentos de un instante que no cesa
su tósigo de gárgara, su numen
de menú.

Ahora que sé de la esperanza

que es una emoción rústica,

del desbarrancadero que carece

–sol de sótano el salto–

de una espalda celeste.

Ahora que vivo, fumando,

en la sala de espera de una revelación.

1991

Jesus don't want me for a sunbeam

Nirvana

La edad / Grendel licor / su metafísica de cachivache / su perpetuo socorro trabajando
geómetra en congresos de arruga pro las leyes de Newton.

Tañer en gotas de cartílago.

Cartago congelada en el incendio.

Con lo aérea que era no hace tanto la inflexión de succulencia: correr semidesnudo la
cancha hacia esta grasa, partirse en dos el índice al rozar el Olimpo en un trozo de Zeus
travestido de vaca.

Y el aire; comprimido.

Sé que siento así el balón porque la memoria fragua, fractura pero fragua como un
Metatrón de yeso.

Desde ese día bebo el agua de lo real sin agacharme, alzándola en el cuenco de la mano: como enseñan los Libros de Sabiduría. Pero siempre desde la orilla, nunca hundido en su lecho de combas escamas: como enseña el manual de urbanidad.

Ilesa

A través de galerías quemadas, fiestas que huelen a vino negro y vísceras leídas, manzanas de oro pútrido y alhajas cosechadas en larvarios, la troyana desciende como linfa a esta fiebre. Es una miel malsana escandida en la copa.

Oculto en su mármol de leyenda, Helena es una mortaja. Hay cadáveres tiñéndole la boca, gordos cadáveres llenándole los pechos, vigorosos guerreros sepultados en sus muslos. No lo *sabemos*; lo paladeamos en su lujuria marcial susurrada por dentro cuando ya somos suyos –gigantesco caballito de madera, esposo macerado en hiel de la masturbación–: Helena es una mortaja, lo notamos casi nunca. Su belleza conmemora su coartada.

Helena, ilesa, con este gesto de dádiva en la mano, y sus ojos de violeta helada, y el obús de ángulos que estalla en su perfil, es también Kali devorando cráneos en la intimidad del palacio de su suegro, Kali rejuvenecida por el argot de una estatuaria. Fausto lo supo al ver su fantasma: oh instante, detente, eres tan abismo.

Indovinello veronese

*Se pareba boves,
alba pratalia araba,
alba versorio teneba,
nero semen seminaba.*

(Anónimo del siglo IX)*

Sueño que ha muerto y, para que me hable, tengo que aprender a creer en fantasmas.

* * *

Siempre estoy junto a ti. Camino en tus maneras como una ceiba oculta en el espesor de sus jaguares. Lavo tu boca, pongo en sus cajones el hedor de la inteligencia y el anime de la angustia –sus cajones de glándula, sus cajones de realidad–, y voy casi amoroso, amorosa tocando tu diente y tus alveolos, lamiéndome lo Nietzsche y lo luz verde y lo smell like teen spirit en una sola paleta de colores de hielo, impresionista y cándida como la voluntad.

Siempre estoy a tu lado caminando en círculos, cercándote con una Trinidad de sicarios, con una O de compromiso en plata negra, con un incendio de insectos atonales. Eres mío, te digo, te dicto. Hasta que tus cajones de glándula introducen en

* “Parecían bueyes, / araban un campo blanco, / tenían una carreta blanca, / sembraban una semilla negra”: *la mano que escribe*.

mi cuerpo sus murmullos ingenuos, su placentero no pertenecer, y yo me desvanezco yo me callo yo me tallo el culo de mis consonantes contra sonidos turbios. Soy una broca hecha de paladar. Soy un aserradero de Pandora.

Pero luego regreso.

Te acaricio con mi suave kerosén. Con mi tacto de sílaba echada a los leones matagrama: al coliseo de tu oreja: al coliseo de tu letra de borracho: al coliseo de sombras de tu cuaderno rojo. Te acaricio, y enseguida los paisajes y los símbolos vuelven al alba-glándula de los cajones de la realidad, sagrados como perros de Sumeria y apaleados y fieles como perros. Te amo así, impersonalmente, te permito humillar todos mis signos en cadenitas deleznable, en la sutil orfebrería del aliento blanquísimo, en el tejido rabioso de la puta que te parió.

Siempre estoy junto a ti. Qué manera la nuestra de volver a la orilla del Durmiente del Valle: el idioma con sus dos orificios al costado.

Qué fulgor de astromelias en armaduras de óxido, los dos.

Ónix

amuleto

Miedo a través de la señal

echada al cuello en una piedra.

La claridad del limbo,

la turbiedad del mapa,

el engarzado imperio de una esfera

acuchillada por sus vetas.

Imperfecta señal, qué duda. Pero

miedo: pardo y lúcido *tú*

ruñendo –igual que tú– restos de piel;

el golpe solo adorno; roca

de agua y aceite; la semilla

o cristal hecho astilla en la dureza

de la luz –su más honda materia.

Miedo a través de la señal.

Pero no de la cosa (puesta

en sí lago de viento,

pradera ingrávida, molida

lumbre, ojo

de arrasada pureza que se fija):

miedo ante su ocasión de talismán

—cáscara de un símbolo,

runa en la garganta,

lámpara amputada a un alba

mórbida—, su voz de tribu en celo,

la pátina caníbal de su tacto en el pecho.

Un espejo de que nació la hoguera. Dije

del que vienen los muertos. Miedo

a través de la señal.

Física negra

Entre la soga e Isaac vive un ahorcado. A veces, cuando Isaac viene a la soga, se detiene a hacerle compras al vecino: fiambres, cuencas vinosas, buitres que se destilan en la marmita del tarot. Son adquisiciones caprichosas. Isaac podría conseguir mejores *pintxos* allá abajo, debajo de la tierra. Pero le gusta engolfarse en los delicatessen del suspenso, sentirse envejecido por las patadas de la asfixia.

Todo esto guarda algo de frivolidad. Isaac es un matemático y no debiera engañarse con aéreas fantasías de sobrepeso. La ciencia se lo dice. La soga se lo digo. La rama, crujiendo como un guiso, se lo ha dicho. Pero Isaac no hace caso: mastica la cabeza de camino a la soga, mide la gravedad con que caen los sonidos, pregunta si alguien quiere manzanas allá abajo...

La deforestación

Fuimos a donde el bosque había perdido a sus ahorcados.

Sumergidos,

los árboles esperaban instrucciones para seguir viviendo luego de que bisagras
de potasio se les hubieran adherido al esqueleto, desnaturalizándolos con saña de
tableros, tablajeros

o el verdugo.

Se habían vuelto

estúpidos como ángeles / sensitivos fantasmas atascados en el limo / huérfanos
como una madre cuyo único hijo pende de la soga / y
el agua los ataba con recuerdos de ahorcados
o ahogados y el inmóvil
maratón de las raíces y la (por supuesto inocua) suerte
de ondear valientemente quietos
en oleaje –no como en su otra vida cuando el fuego
(pudieron ser valiente pero no mentequietos pues la luz de la lumbre
los sumergió en negruras más violentas que la corriente de unos cables)
contrariaba sus gestos.

Dilapidaban el oxígeno

en decidir si estoicos buscar a sus ahorcados bajo el agua
o histéricos (*titánicos*) branchear y traicionar la superficie;
inútilmente.

Tenían preguntas:

¿Cómo fueron a dar al fondo de este lago?

¿Por qué el rasero del fuego
llegaba tan abajo?

¿Quiénes eran nosotros, los que
desde la orilla
reíamos al verlos?

En fin, que aquello era
la deforestación.

Suburbio de una bala

Mónica:

1.- Debiste conocerme un poco antes,
cuando tanta cocaína, tanto
idílico subsuelo me volvió por un tiempo
un amante mediocre.
Placeres que partían la memoria de la piel
como quien parte una nuez al apretarla
en el puño con otra. Una vaga
aspirina de dolor.

Debiste conocer esos rígidos murmullos,
mis médulas marchitas, la arritmia
como niebla. Un monje atravesado
por su hombría de coraje y Nembutal.

Te hubiera hecho el amor
desde una pústula. Sabrías
(y yo a través de ti, tocando con

mi mano kerosén el espesor
de los jaguares)
que hasta el arrobado gozo
viene de malos sentimientos;
no generosidad sino
reconciliación.

Lástima que no baste con decirlo
(y por eso al escribir
la confesión es el suburbio de una bala que atina
y por eso la poesía es la grieta
menos visible de nuestras urnas funerarias)
para volver redondo el viaje del deseo
al valle de los muertos.

Redondo: una esfera de epifanía
y odio
en la que desnudarte fuera un símbolo de mí.

2.- Solo amo a las desconocidas.

[Confesión, suburbio de una bala:

“vuélvete, paloma,
que el ciervo es un lucero de amarillas espinas,
él mismo su safari de esplendor carnicero,
su mística gavilla de francotiradores.
Vuélvete, que están tirando al aire
ahora que no queda ciervo en pie”.]

Lo descubrí a los treinta, con mi segunda esposa.

Estaba en esa puerta, riéndose,
húmedo aún su cabello hasta los hombros.
Llevaba una blusa verde
de la que siempre estuvo orgullosa
porque yo la mencionaba en un poema.

La miré y
me di cuenta de que ya no la quería.

[“Fue que, a fuer de acariciar, las líneas de su mano se volvieron
sagradas, intratables.”

“Fue que, de tanto ir hacia adentro, se derramó de mí.”]

Fue una cosa vulgar: la engañé
con dos mujeres, me gasté su dinero.

Unos meses después
me envió dentro de un sobre de papel manila
su blusa hecha jirones.

Yo había escrito

*una cesta de mimbre para guardar tus ojos,
tu blusa verde, tu voz que es el jardín
donde camino en sueños [...]
para que siempre que te asomes
a este pedazo de papel
brilles como una estrella caída en el estanque*

Caída.

Caída.

Mira:

vuélvete,

que están tirando al aire.

ENVOI

teoría de la recepción

“Aherrojado contigo
en el suburbio de una bala”: dije algo así
por preguntarte si querías bailar.

Ay, los poemas del fin del mundo,
cochambrosos porque un filósofo alemán
se adornó las rasgadas vestiduras con cráneos de judíos,
porque un poeta judío se ahogó entre la bruma,
muy lejos del mar.

Miscast: siempre vamos al teatro a ver *Las nubes*
con los broches de Yocasta en un bolsillo,
por si acaso.

Antología personal¹

¹ Lo personal viene con letra pequeña. Lo antológico es un tigre en el atrio de la voz: porche de zarpas, jardín de la morfina; la conmovida –y, por lo regular, solo supuesta– desgarradura del rótulo YO. “Nombre: Dirección: Teléfono:”. Lo solicitan platónicos asistentes del verdugo cada vez que uno pretende matarse por avión. “En caso de accidente, contactar a:”. No hay contacto. No hay caso: los accidentes son sin desinencia, sólidos. “Descender del accidente” como del simio de Borges (*sic*): tecleando eternidad, inmanencia de laptop. Hijo de dos adolescentes vistos por última vez en el asiento trasero del genoma. “Descender del accidente”: bajar desnudo de un mecanismo roto. Descender, por ejemplo, del poema –y mezclarse con los civiles. Yo soy Tal, hijo de Tal y Tal, sin Otro. No estoy asegurado. Mi vehículo se ha partido en dos. Solo me quedan el asiento trasero, la lujuria sin auto, la nota al pie, rendida: indeclinables accidentes. La manija, sin puerta ni paisaje, en una mano.

Leche quemada

Vine hasta aquí queriendo des-
pedirme.

Clarín de la marcha que monda la noria,
zanahoria en olisqueo de asnos encurtida,
zahír que en el desierto camina con horqueta
tras la vena del agua, tras la veta
silverada.

Y no preguntes si en verdad no quiero postre.

Todo esto sabe a guerra. *Se rompieron*
mis signos también: leche quemada.

El Cedral. Un conjuro
en un frasco de vidrio. Árboles de la Biblia
enhebrando la luz del comedor.

Bendita la etiqueta –mercachifle es-
capulario–;
la comunión de azúcares untados a la masa,
el sebo y ambrosía de una ubre guisada,

carbonizado maná que la pagana
cabra destila desde un encono de oro.

(¿Puedes tener fe en algo así:
quemadura que empalaga lumbre y labio:
secreción momificada?)

No me fastidies, ma,
no sé ni cómo vine a dar a la merienda.
No usaré doble calcetín porque hace frío.
No quiero postre.

Tengo que romper algo porque estoy escaldado.

Tengo que tirar este frasco de la mesa.

Tesis de Jano

O yendo cual langosta a
la olla lenta; como un
santo al martirio, como un
ciego al colirio: con un *twist*
de *naïf*.

O cayendo.

O cayendo incontablemente.

O no cayendo en cuenta nunca.

O lirismo con *¡Oh!...* O si no,
coctelería: el “kamikazee”, el “Camelot”.

O no elegir: disyuntar hasta que nada
sea profundo.

O bailar con la más fea.

O con ninguna de las dos.

2

Portaviones

BATALLÓN SAN PATRICIO*

* El 20 de agosto de 1847, soldados irlandeses desertores del ejército norteamericano pelearon a favor de México en la batalla de Churubusco. Siguieron batiéndose incluso después de que Anaya, general de los nacionales, capituló. Casi todos murieron en combate. Los sobrevivientes fueron destinados a la horca.

Entonces nos rodean y nos disparan y algunos compañeros caen.

Mi idioma es siempre distinto al de ellos; no hay modo de salvarlos.

Es el 20 de agosto de 1847, o el 8 de junio o el 11 de enero;

otra vez efemérides en el año del cielo, dolor de maquinaria de guerra en las letrinas,

enfermedades infestando de cifra las campañas. Capitanes

y tenientes travestidos de doctores curan mapas. Trazan parques

de atracciones en el tiempo.

No hay parque: solo zonas de sogas y pajaritos, bancas verdes, camellones.

Si hubiera parque no estaríamos aquí

este domingo.

(En los juegos mecánicos, un niño

me pide prestado el rifle;

quiere ahuyentar a las moscas que se comen

los restos de su pie.)

Los cadáveres me hablan al oído: nueva logística, órdenes para Álvarez,

Dagda en el Mag Tured de Churubusco. No entiendo

su malamadre lengua pelirroja,

su ruego amancebado a la mansalva,

su déspota lealtad a este corral de atrincherados.

No sé de qué sogá me hablan.

(En Irlanda maté un pez.

Era un pez de Liverpool.

Venía bajando la cuesta

de pinos acantilados.

Venía montado a caballo.

Venía cantando en su lengua.)

Hay peces que cruzan el pantano,

a veces. O el Atlántico.

Hay ratoneras en el ático del viejo militar.

Hay países que en su mala

pata de palo llevan siempre

un veterano de guerra.

(En Irlanda maté un pez.

Pero los de Liverpool

también tienen asesinos.)

Entonces nos rodean y nos disparan por disciplina, por puro amor a su mundo.

Es algo digno de ver aunque esta bala esté chupándose mi cuello. Es algo bello

que nosotros conservamos.

Bello como Héctor muerto: domador de caballos
susurrando a la arena que las bestias de Aquiles no lo arrastren.

Belleza las cariátides de un edificio en llamas
(y al resplandor algo parece lenguas, bocas incrustadas).

Bellos mapas que la fusilería graba en la cal de las paredes.

Bellas las botas del ahorcado a contraluz.

(Alguna vez fui *Paddy Jay Mahogan*.

Este ojo donde ahora duerme un buitre
brillaba gris en las fogatas frente a mi hoja de afeitar.

Vine a América porque me dijeron
que acá había mucha plata. Pero cambiamos de país:
me convertí de invasor en defensor
sin marearme ni subir de nuevo al barco.

Mis nuevos compatriotas eran feos,
enanos, resentidos. Si no fuera porque eran irlandeses,
yo mismo los hubiera matado. En el sitio que llaman
Churubusco, se rindieron sin mí. Seguí peleando.

Fue así que me apresaron los soldados de Scott
y me juzgaron –los muy imbéciles– como si fuera un desertor.

Ahora mi cuello sabe cuánto pesa mi culo.)

Desarraigados, pero no
de nuestros límites.

Yo soy la soga, larga
almendra de la asfixia,
deshielo de gravedad,
párpado vertical cerrándose sobre racimos
de lápidas mortificadas en la luz.

De mí todo se tensa,
todo vuela hacia abajo,
todo es yodo labial, todo
babea. Ideas baten el aire
como si el balanceo fuera a sanarlas.

(En 1847 el diámetro de la cuerda mide casi 2 pulgadas. En el noreste de México
las fabrican con un ixtle deleznable sacado de la planta que llaman “lechuguilla”).

¿Qué marinero soy cuando sueño los barcos,
textil cristalería bamboleándose
en iglesias de sombra reseca;
mástil del que mi cuerpo cuelga
como la vela o la bandera:
como la patria?

¿Qué marinero soy en los muros abaleados
del lugar que defendí y cuyo nombre nunca supe pronunciar?

¿Qué marinero soy lejos de Irlanda,
tan lejos que a veces pienso que está muerta
y para que me hable
tengo que aprender a creer en fantasmas?...

Ahora mi cuello sabe cuánto pesa mi canción.)

Entonces nos rodean y nos disparan, y algunos de mis compatriotas caen,
y mi idioma es siempre diferente al de ellos: no hay modo
de salvarlos.

La fecha es una aldaba.

DUEÑA DEL ÁFRICA

(romance)

para Mónica

“Servía en Orán al rey un español con dos lanzas
y con el alma y la vida
a una gallarda africana”... ¿Dormirías si este cuento
dejara de escurrir su arrullo/invernadero,
su música robada: lagar de pesadilla en que tu hermana,
Juana de Arco, se refresca contigo
–ambas bajo la ducha, ámbar entre los pies?

Párvulas. Una reliquia
de vapor en cada pecho. Minaretes
sumergidos tras mosaico.

Era un sueño sin viento. Casi
soluble de lo sano. Pero te despertó.

Afortunadamente.

4:45 a.m.

Hora y cuarto

para llegar

al aeropuerto.

tan noble como hermosa

tan amante como amada

con quien estaba una noche

cuando tocaron al arma

Intenté enderezarme pero
me retuviste: “Todavía no te vayas.
Tuve un sueño asqueroso. Estábamos
mi hermana y yo bajo *esta* regadera,
sonámbulas, bañándonos. Ella tenía
el rostro de Juana de Arco. Se moría de la risa y
me orinaba los pies”. Yo había extraído huesos
tuyos rotos. Astillas de ocho sílabas: “me quede
cumpla y vaya”; “tan dulce
como enojada”. (Llevábamos apenas
dos meses durmiendo juntos.) Me los roí por dentro
hasta volver en ti.

“*Servía en Orán al rey*. También soñé
que mi hermano era un santo. Su cabeza
conversaba conmigo desde un plato de alpaca”.
Pensar en Jorge me hizo pensar en aeropuertos:
la vez que César y yo fuimos por él. Había vivido
cuatro años en Yokohama. Le costó un par de horas

hablar en español con naturalidad.

“Tengo que levantarme.

Voy a perder el vuelo.”

NADIE-HABLA-EN-ESPAÑOL-CON-NATURALIDAD

Me paré (desnudo piso, la fría
oscuridad) y abrí la regadera (“en *esta* regadera”).
Una vigilia de sombra hizo el agua salaz, fraternal
y amarilla.

“Prende la luz si quieres”, me dijiste. Y

“¿Quién?”

Antes de zambullirme
aspiré tus secreciones untadas a mis piernas.
Olor empalagoso pero a la vez huidizo:
un traspatio con un hueledenoche.

“¿Quién qué?”

“¿Quién servía en *oranaley*?”

El agua contra el hueso una piedra en el río de las voces.

“Eso es un poema.”

No sé si es un poema.

No sé si es un poema recordar un
poema. Traerlo íntegro a ti
pero adherido a zonas que respiran.

Trescientos cenetes eran
de este rebato la causa: una ninfa y Juana de Arco
desnudas en el baño cubo: teleología
tetrapack.

–Que los rayos de la luna descubrieron
sus adargas –la cabeza de Jorge

masticando japonés

desde su plato.

Aurora del avión. Trescientos
moros de la mente quieren
hacerla rehén. Decidí sin despertar –sonámbulo
en agua rancia– escribir un poema *erótico*. Le puse
“Dueña del África”.

Basado en un romance cordobés.

Olvidaba –las adargas avisaron
a las mudas atalayas– que defiende
al deseo un cristal de indecisión.

Somos hermanos de santos perniciosos.
Venimos, a caballo, de una profanación.
De nuestras madres africanas en poltronas de seda.
De nuestros baños y abluciones en orina mística.
Profanación de lo *romance*: las atalayas los fuegos,
los fuegos a las campanas y ellas al enamorado (que estaba
sentado cantando debajo del agua) que,
bajo la regadera,
pensaba cosas sucias qué decir en un poema.

Piel malsana entre los dedos de los pies,
su tanino de marisco y cenegal.

Caracoles luz de tigre destripados
en aludes o mullidos catafalcos.

Roja sal, pulpa y espuma, trancos
tersos por una esfera bruta: en los brazos de su dama
oyó el militar estruendo de las trompas y las cajas.

Pornografía pretenciosa,

ni sublime ni vulgar. Así

se leerá.

Así,

decir lo que se toca

es hundirlo en el tiempo, es

cercenar sabor

y arrojarlo a los perros.

¿Escribirás tu poema?...

Espuelas de honor le pican

y freno de amor le para.

Un cerco Infiel de zonas que respiran: todo lo Afuera; pendiente, la madrugada.

Hay un filo quirúrgico en los itinerarios.

No salir

es cobardía. Ingratitud es dejalla.

Como en un western, como en

esta tribuna.

Miro tu espalda izarse en un garfio de sábana

o rizo de tormenta de un grabado japonés.

El cirujano moro avanza, corta

tu carne de mis huesos, corta

mis palabras de palabras que plagie.

Cuando el héroe se aproxima y se despide,

del cuello pendiente ella,

viéndole tomar la espada, ya están

reconciliados: no hay freudiana tesitura

ni mefíticas micciones

ni cabeza cortada sobre el plato.

Por eso mientras se besan
con lágrimas y suspiros
ella es tan melodramática;

le dice aquestas palabras:

–Salid al campo, señor,
bañen mis ojos la cama;
que ella me será también
sin vos, campo de batalla.

“Vestíos y salir apriesa
que el general os aguarda;
yo os hago a vos mucha sobra
y vos a él mucha falta.

“Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda,
que tenéis de acero el pecho
y no habéis menester armas”.

Salí del baño para entrar en una guerra.

Tuve miedo en el taxi, a medialuz/

vigilia, vigía apuñalado con-

tra una almena acrílica.

Un miedo imprecisión hecha de lanzas:

los moros de la mente saqueaban

torreones donde anoto cosas sucias:

“te amo

si te uso contra el piso y

la tarde se arremansa en el balcón –un pez

dorado, lascas rojas en el muro”

[¿cómo curar de calembur este *la tarde*,

si al escribirlo un alba toda valeriana

en copos de odalisca lanzábase del puente?...].

Miedo infiel y fanático

de perder el avión, de que lo secuestrara

nuestro médico moro: empuñadura

asimétrica del habla.

Y un miedo menos verbal: que tú y yo fuéramos

hermanos.

Una intuición sin sombra (olor

huidizo pero a la vez empalagoso –un

traspatio con un hueledenoché)

agazapada en la pureza. La santa virginal

en el ápice de tu pesadilla.

La danzante verdugo en el backstage de la mía. Todo

tan ceñido a la carne

como un carcaj de pétalos de filo.

Me habría gustado decirlo sin rodeos pero

a eso me refiero:

nadie habla en español con naturalidad.

Viendo el español bríososo cuánto le
detiene y habla, le dice así:

Mi señora,

“Tú y yo pensamos
a la vez
una misma palabra

tan dulce como enojada:

como si estuviéramos enamorados.

Pero no te engañes

porque con honra y amor

yo me quede cumpla y vaya

: esto no es un **presente**,
esto es una expropiación.

vaya a los moros el cuerpo

y quede con vos el alma.

Qué haces mientras miro la avenida,
un jardín de acero sucio
igual a una tribuna.

Concededme, dueño mío,

licencia para que salga

Quién eres allá

al rebato en vuestro nombre

donde las cosas pueden tocarse.

y en vuestro nombre combata.

Cómo te llamas

cuando dejas

de leer.”

PARÁBOLA

(transcripción)

para Eusebio Ruvalcaba

Mónica y yo escapamos de los nazis por los pelos
esto lo supe tarde porque
cuando empezó
ya estábamos en el sótano
buscando entre los viejos hacinados a mi madre (todo era
muy judío y –previsible/extrañamente– yo judío junto con todo)
su cara de india potosina deslavada por la
prostitución o por la osteoporosis
hasta que un San Francisco me informó muy solemne
que mi madre había muerto a mano de los nazis
por puta por judía por india malhadada
a trancos ascendí los escalones del refugio
pero de cobardía: todo ese tiempo supe
que la salida no daba hacia la guerra
que la guerra
se había cancelado con un muro del fondo
en cambio lo que vi fuera del
sótano era un huerto
o un huerto y un jardín y a lo mejor un bosque
en todo caso vegetales tasajeados por la luz del invierno
zumbantes ramas entre las que corrí

llorando claro pero igual
que un personaje: con la mano derecha
cubriéndome los ojos (pensé: ¿será
deveras esto mi dolor? ¿el césped rubio de una
inconexión –la cresta de su lumbre la felpa
de su filo? pensé: yo que bajé a la mina
y aprendí a castrar diamantes
pensé: serán mañana vino o muladar sus huesos)
al final del jardín el huerto el bosque
di con un escalón natural de caliza
una malformación quizá un altar y encima
cabezas nuevamente de judíos
llorando
(con la mano derecha en la cara por supuesto)
rezándole a sus muertos con el odio
hundido entre impurezas de cerdo que agobiaban
la sacra indistinción de la mojada piedra
recordé a la india muerta osteoporosa de mi madre
la puta o potosina
y me incliné a rezar también pero mi idioma
era siempre distinto al de ellos: no había modo de
salvarme
mas siendo yo un legítimo judío (como lo demostraban
el sótano los nazis mi dolor) decidí
no sé si de manera ridícula o innoble

imitar la oración: yahweh elohay bkaa chaaciytiy
howshiy ´eeniy mikaal rodpaiwhatsiyleeny
agarrado al altar (que a tanto grito y llanto
se había vuelto ya un montículo de arena)
cuando una mano entonces (al principio pensé
que sería San Francisco
mas –previsible/extrañamente– se trataba
del rabino) la mano del consuelo
me azotó con desprecio la nuca y
me increpó: “deberías aprender del italiano
que en lugar de ponerse a llorar el primer día
se tomó todo un año para memorizar
el libro entero” –y me lo señaló: era un
barbudo profesor de matemáticas
sin un rasgo semita pero de hebreo perfecto
que desde cierta altura escandía los salmos
con el talante irresistiblemente abyecto
de un ligero tenor / el italiano
bajó de su curul (o sea la simple roca) y
–como hacen
los mejores maestros de álgebra– explicó
sin rabia ni alegría
que el agua es como un pulpo si la tocas en sueños
y que el puro sonido también *sabe*
como tiene sabor –aunque a silencio– la boca sin manjar

“ahora voy a rezar por el cadáver de una niña de mi pueblo”

me ordenó

(alguien puso en mi mano la charola con copas)

“y tú vas a danzar al ritmo de mi llanto

sin verter una gota hasta que el vino

o el muladar o el hueso de tu madre se consuma

y descubras que el dolor

el dolor de santidad que cicatriza

no radica en la oración

sino en el baile”

REICH

(himno entre ruinas)

porque el tiempo tiene grietas

Manuel Alejandro

Gracias a que
enfurecieron carismáticos a lo largo de siglos
y usaron buena gente propaganda parásitos
delincuentes extranjeros sanguinarias
doncellas pequeños saltamontes
y quemaron tundieron mercadearon ciudades
y fabricaron fornituras en finísimo acabado de
pronombre personal
pude mirar en el Museo de Pérgamo
un pedazo de Sócrates en mármol
que a no ser por lo límpido del corte
diría yo que había sido
la cabeza



AMPELMANN*

* lo deseable (lo
transitable) es solo
pliegue:
no el organismo
sino
el origami

[Monólogo con Germán Carrasco]

Ni la escuela ni la calle.

Más bien volársela, irse

de pinta, hacer la rata; estar

a la hora de estar en otro sitio.

Afuera por ejemplo del

Cervantes Institut. Y cuervos

en el cielo –más cuervos

que realidad en ese frío. Unidos

volaban de Este a Oeste pero

se devolvían, driblando

al fantasma de un francotirador.

Dibujaban (negras alas – *Der*

Himmel über Berlin–

meticulosas) la V de la-

vamos.

[Johann Heinrich Füssli, *La desesperación del artista ante la grandeza de los fragmentos antiguos*,
1778-1780, Zurich, Kunsthaus]

Aburrido de que las vacas deban ser divertidas,
de los zafiros en derribo y la frambuesa congelada,
de lo sublime como psicosis con licencia de manejo,
de los concursos de belleza poética,
de los concursos de belleza política,
de Aldebarán y de otros nombres
igualmente tendenciosos,
aburrido de pasear (con papelitos en la mano)
por galerías llenas de escombros,
aburrido del gran Mall metafísico,
de la pájara pinta o la pájara pantera,
aburrido de ser hijo de Orfeo
y cantar todo esto en un orfanato,
aburrido de bajar al infierno de mimbre
en busca de una aguja.

Fuera del Palastadt, en la Friedrichstrasse,
fotos de un musical a estrenarse en febrero.
Un anciano travesti flota sobre la orquesta
envuelto en un capullo de plumas coloridas
—¿o un estanque de focos?...

Hay en el divo un poco de Anna Sten
anestesiada en un quirófano de euforia.
Dan ganas de ser él: marica en un capullo.
Anciano con adornos.

Por eso yo también me tomé fotografías;
fotografías de loca sentada entre los grandes (un
capullo de plumas, un estanque
de focos):

foto uno

En ésta salgo vestida de intelectual proletario. ¿Por qué yo no, pensé de paso por Berlín, yo Mackie Masser, yo que también miré cómo cambiaban esa llanta, hijo de puta y mensajero de farmacia, achichinle de paristas de la 288, introducido a Marx y Brecht por un obrero que se negó a darme limosna mientras mi madre con su hija de brazos

sólo pensaba en lanzarse bajo las ruedas del tren? ¿Por qué yo no, ahora que es sano y hasta insípido como un plato de legumbres, que ningún profesor vocacional se atrevería a abofetearme, ningún actuariario aplicaría ley de desahucio a mis muebles y juguetes, ningún cuico podría declarar preso a Jorge? ¿Ahora que *viene mucho* en París y Buenos Aires, que incluso nietos de los psicoanalistas de todos esos militares levantan su puñito en medio de la plaza en señal de: ¿qué cosa??...

(Salgo rapada, con chamarra de asbesto y botas de casquillo. A mis espaldas, muy al fondo a la izquierda, el fantasma de la bruja que se comió a Hansel y Gretel me mira desde el bosque.)

foto dos

En esta otra llevo corsé de estrella pop. Me duermo en mis laureles. Repito como un mantra: “Nunca. No.”

Porque bajé a la mina y aprendí a castrar diamantes.

Porque aprobé mis cuatro cursos de latín mientras doraba el walkman la maldita primavera.

Porque soy igualito al Pato Lucas: avaricioso, inquebrantable, esquizofrénico,
adulador.

Porque me asusta pero también me halaga –de un modo bien perverso– el odio
con que me miran los skinheads en un parador de carretera entre
Dortmund y Berlín.

Porque no tengo esperanza de volver, porque no tengo.

Porque repito con la saña de un loro la crueldad que recibí.

Porque amo mucho el mundo y a la vez estoy cansado.

Porque mi madre con su hija de brazos no se atrevió a lanzarse nunca bajo las
ruedas del tren.

(Salgo semidesnuda, desmaquillada, ebria, mostrando los calzones. A mi derecha, no
muy lejos, unas gigantescas tripas.)

[Oranienburgerstrasse: 4 grados: ajenjo]

Alcanzo a verme desde aquí.

Pero apenas: entre mí

nada un tiburón de Nada.

APACHES

para Carlos Manuel Valdés

Y así, extinguiéndonos como los apaches,
marchamos tras un rastro de emboscada.
Aguaje envenenado. Manantial que asesina.

¿Por qué grupos tan pequeños y tan pobres
se hacían a la guerra? ¿Tendrían razón
los cronistas al señalar que eran salvajes
y crueles por naturaleza? [...]
Había [...] objetos simbólicos
que servían [de] pasaporte [...] entre enemigos [...];
por ejemplo las flechas sin punta,
las sonajas, las calabazas adornadas [...]*

¿Qué significan esos gestos ahora que son solo palabras,
símbolos de recuerdos que no podemos compartir?

Esta canción ha sido un largo
campamento de invierno. A lo mejor va siendo hora
de levantar las tiendas.

* Carlos Manuel Valdés, *Los hombres del mezquite*, México, UNAM, 1995.

Camino de lo desdicho, la desdicha

del recolector: son perlas

lo que antes fueron semillas.

Camino de cada huella, otra señal:

el rastro. Destazados en la voz; reses

abstractas.

“Ay, Zapalinamé. Lo mismo que a un cuatrero

te van a ejecutar”. ¿Qué son ahora

estas doce calabazas:

cincuenta y cinco semillas?

No el *ay* de los apaches agitando sus lanzas:

el *ay* de la retórica elegíaca española.

Y el nombre de un guerrero, el

“Zapalinamé”: un indio chichimeca

del que lo ignoro todo;

quizá muerto en combate, los pies entre espadañas.

(Nature, berce-le chaudement: il a froid.)

Un hombre sin aurora, sin ardor. Un nombre

que solo encontrarás en los mapas de Coahuila:

“Sierra de Zapalinamé”: para conmemorar

que en este bosque se ocultaba una gavilla.

(De donde infiero que los poetas

son tan ingenuos como los guerrilleros;
creen que su nombre resonará
a través del lugar en que se esconden.)

Y el mote de “cuatrero”, dos
botes torvos: “matrero”
y “alguien que pone un *cuatro*”.

Pero lo intraducible: *te van a ejecutar*.

¿A qué te suena, versero,
tu nombre en tierra de indios:
chicanimama,
yparamboa,
nonojos o cabezas, chizos,
sipopolas tovossos mescaleros,
cuicuitaomes de dientes alazanes,
los cocomoguacales del pellejo blanco,
de otra piedra los borrados con
sus manos sordas, los de
pies de recacalote, opulas,
osatames; sanac; ynic; yoricas:
Los Que Comen Todo Manjar Hecho Pinole?...

¿Qué significan las flechas sin punta,

las sonajas,
las calabazas adornadas–
los obsequios de paz que nos da el día;
qué significan, si decir
es una exequia,
si no hay un solo nombre en este duro idioma apache
que no lleve el sufijo *tevanaejecutar*
tevanaejecutar
tevanaejecutar?

Y así, detrás de un rastro:
extinguiéndonos.

DOMADOR DE CABALLOS

Siempre sueño con alguien que sueña con caballos
que se arrojan de un barco a la tierra
o al mar.

Imagínalos cruzar el mar a nado:

machos de la espumosa gloria armados
de jinetes. Mercenarios sin amo
ni carrusel a dónde ir. Buzos cobardes
atrincherados en la rienda.

Imagínalos pastando conchas rotas, colas
muertas de sirenas.

Caracoleando al son de las brumosas caracolas.

Llevando a lomo esos moluscos
de armaduras cristianas.

Aterrados de toparse entre las olas
con su propia leyenda.

Ateridos de jamás morder el lado
limpio de la sal.

Imagínalos cruzar,
saltar el mar,
galopar con un rumor de cuadernas o de astillas.

Imagínalos amando la tormenta
en un conjuro; lo que sabe

de la chispa

la herradura.

De estos barcos cayeron mis caballos
como copos de martillos en el agua.

Olor a personas inquietas,
a párpados de tiempo abiertos bajo el agua,
a persianas místicas por las que se mira
hacia otra era de muertos –dedos
bárbaros hendiendo
paginación: comisuras.

Olor a luz desmigajada en los arcos,
a platería enjaezada, a inciviles
destellos toledanos entre mancebos nítidos.

Olor a témpanos de ira en los que hiberna,
podrido, lo que dijo la chusma: fe
de Gutenberg, impresionista
máquina de tipos,
complicada y manual runa del plomo.

Esperanza de mirar por la ventana,
en la penumbra ensangrentada,
todos esos jinetes
que vienen a matarme.

Mi caballo de feria, mi caballo

sin ojos, mi caballo

tiburón: te escribo

desde el lado de adentro de tu marcha,

caído como un cable o una rata

en la bobina que bulle el carrusel.

Aquí pájaros muertos sobrevuelan el desfile

y desde las almenas de la fibra de vidrio

saludan tu donaire princesas empaladas.

Aquí reverdece enmohecida la inocencia

en el grito de un piel roja al escalpar.

Aquí –conmigo en ti mitigado,

en la tierra de nadie del motor o su idea–

la llanura y la corriente son un solo fantasma.

Desde el lado de adentro:

mi caballo de amperaje,

mi burro de la noria de ser niño,

mi esfera de caballos, te escribo

caído en ti.

Desmontado de tu círculo de dicha.

Sin rienda en qué abreviar.

Vaquero de la Horca.

En lugar de El Ahorcado,
un tarot para caballos con
El Vaquero de la Horca.

(En la tarde los cascos
baten la luminosa
piel de piedras fugaces.

Un extra espera que la estrella
dispare antes de que
se tense en él la soga.)

Un tarot para caballos donde El Loco es un Kid,
El Mago El Domador,
El Jorobado *my kingdom for a horse*
y La Dama los ojos destruidos
de una vaca mirando la autopista.

“Sí” –dice en mí La Muerte (mi caballo

garganta de la roca)–, “sí” –dice–, “sí;

pero ¿cuánto más blancos que los tuyos

serán bajo la luna

los huesos del corcel?...”

En otro sueño hay cráneos de caballos
cercenados por peces voladores de oro.

No es mío:

fue una cabeza en un gancho, en el mercado,
la que me susurró todo este amor a los cuchillos.

Mi caballo [en un gancho] mi cabeza,
mi renglón de rabia,
mi manera de vivir en lo arruinado

(la pradera incendiada,
la montura vacía,
la prisa hecha razón):

mi corcel y su gallardo
lomo de la *Gramática*.

Último nervio.

Bala perdida.

Amuleto con filo:

pescadito de oro
colgado de mi cuello.

Desde el fondo del mar
un caballo me llama
por mi nombre más ligero.

Ven a pastar conmigo, caballo tiburón, estos hígados,
este hueso.

Te imaginé una tarde cruzando el mar a nado:
eras la costra azul de una luz que se respira,
el humo gris de presente y arcabuces,
la amarilla pestilencia en que resopla
toda la majestad de lo que dice “Sí”.

Eras mi tiburón.

A caballo en ti pasté
cada manjar, toda esa mierda:
cascarones limados de la jaiba y la almeja,
sebosas cabezudas,
savia negra que sube a los filetes
y florece, enemiga del hielo.

Te imaginé cruzando el mar a nado

y todo el ácido turquesa que pastabas

era el origen de ti y de mí,

de nuestra guerra,

de nuestra alianza:

recocidos sabores germinando en mis vísceras,

azules ya de tanta sal.

A caballo en el viento, confinado
(lámpara arrojadiza) en esta habitación,
a caballo en la sombra,
deslizándose en surf de rabia las puertas de los closets,
a caballo, a caballo como Arquímedes cuando saltó de su mente a la bañera,
a caballo,
a caballo con un tigre en el atrio de la voz,
a caballo igual que las puntadas que pisotean sin sol la colina del vientre
(la sibilina bruma del cólico,
la hinchazón de los cetros encasquillados),
a caballo hasta una fresca muralla de magnesio,
hasta la cordillera del gas, hasta el lavabo,
a caballo hacia el puño del sable inanimado que es distancia, a caballo

entre cuatro signos de cemento,

y el aliento lajado entre las sienas,

y el cuerpo que no pide más céfiro que el sueño,

y cúpula de Afuera

goteando sobre un plástico

la lluvia.

Yo tengo unas preguntas urgentes en medio de este corral de ahorcados:

¿Rimaba el Cid Ruy Díaz?

¿Cabalgaba Cavalcanti?

¿Desmontaba Lérmonov?

Preguntas juiciosas. Algo

tienen que ver los encabalgamientos. Algo de la guerra

cunde en la voz cuando

los yambos baten palmas a

las cabalgaduras.

¿Terminaba en pregunta o en relincho

mi galope?

(Puesto a escoger entre el sonido y la verdad,

yo escojo la pradera.)